



CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI  
FOROS DE LITERATURA

## FORO: CENTENARIO DE OCTAVIO PAZ

**100**  
CENTENARIO  
DEL NACIMIENTO DE  
OCTAVIO PAZ  
31 03 1914 / 31 03 2014

FORO  
**OCTAVIO PAZ**

*"América no es tanto una tradición que continuar, como un futuro que realizar"*  
Octavio Paz

**REFLEXIONES  
DE LA ÉTICA POLÍTICA A LA POESÍA**

Paz y el recurrente ogro filantrópico José Ignacio Moreno León	Octavio Paz y la mexicanidad Enrique Viloría Vera	La poesía de Octavio Paz Luis Miguel Isava
--	---	--

Moderador:  
Karl Krispin

Miércoles 14 de mayo de 2014 - 10:30 a.m.  
Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo UsLAR Pietri - CELAUP  
Auditorio Manoa

  UNIVERSIDAD METROPOLITANA

[www.unimet.edu.ve](http://www.unimet.edu.ve)

“Reflexiones de la ética política a la poesía de Octavio Paz”

Miércoles 14 de mayo de 2014, 10:30 AM

Invitados: José Ignacio Moreno León, Enrique Viloría, Luis Miguel Isava

Moderador: Karl Krispin.

Un adolescente se asombra de ser. A los pueblos en trance de crecimiento les ocurre algo parecido. Su ser se manifiesta como interrogación: ¿Qué somos y cómo realizaremos eso que somos?

El 31 de marzo de 2014 se conmemora el centenario del nacimiento del escritor Octavio Paz, quien fue un prolijo estudioso de México y de la manera de ser y de pensar de

sus gentes, es decir, de la mexicanidad. Muchas fueron las reflexiones que el poeta y ensayista realizó a lo largo de su vida de escritor para transmitir a su país y a sus paisanos cuáles son, en su criterio, las raíces y las manifestaciones de la mexicanidad; muchos de esos caviles fueron recogidos en su libro emblema *El Laberinto de la Soledad*. (Cuadernos Americanos, México, 1950). En este sentido, el propio Paz observa:

La minoría de los mexicanos que posee conciencia de sí no constituye una clase inmóvil o cerrada. No solamente es la única activa – frente a la inercia indo-española del resto – sino que cada día modela más al país a su imagen. Y crece, conquista a México. Todos pueden llegar a sentirse mexicanos. Basta, por ejemplo, con que cualquiera cruce la frontera (...) Y debo confesar que muchas de las reflexiones que forman parte de este ensayo nacieron fuera de México, durante dos años de estancia en los Estados Unidos. Recuerdo que cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana, deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante.

Fruto de la inevitable comparación con el otro, con el distinto, con el diferente, con el desemejante, en este caso con la particular idiosincrasia del norteamericano de más allá del Río Grande, el ensayista mexicano propone un conjunto de pistas que pueden ayudar a comprender lo incomprensible, aprehender lo inasible, en fin, a concretar la siempre indómita y escurridiza manera de ser de un pueblo que está en proceso de ser. El mismo escritor lo acepta: “Mi testimonio puede ser tachado de ilusorio”.

#### I. Un ser mascarado

Las películas mexicanas filmadas en los celeberrimos Estudios Churubusco en Coyoacán durante la denominada *Edad de oro del cine mexicano*, las más recientes telenovelas aztecas, las imperecederas rancheras y los sentimentales boleros rancheros, nos ofrecieron la imagen del mexicano al estilo de Juan, el héroe del celebrado y tantas veces coreado corrido revolucionario: “ranchero, charrasqueado y burlador. Que se creyó de las mujeres consentido. Que fue borracho, parrandero y jugador”. Nada más alejado de la realidad existencial del mexicano común, según Paz:

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación (...) Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospechas de palabras (...) En suma, entre la realidad y su persona establece una muralla, no por invisible menos infranqueable, de impasibilidad y lejanía. El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también de sí mismo.

El ensayista apoya su opinión sobre el enmascaramiento del mexicano común en argumentos relacionados con el lenguaje cotidiano, el hermetismo y la difícil relación -de recelo- del mexicano con su prójimo. En relación con el lenguaje, Paz afirma:

El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de “hombría” consiste en no “rajarse” nunca (...) El mexicano puede doblarse, humillarse, “agacharse”, pero no rajarse, esto es permitir que el mundo interior penetre en su intimidad (...) Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su “rajada” que nunca cicatriza.

En lo concerniente al hermetismo de sus connacionales, el ensayista apunta:

El hermetismo es un recurso de nuestro recelo y desconfianza. Muestra que instintivamente consideramos peligroso al medio que nos rodea. Esta reacción se justifica si se piensa en lo que ha sido nuestra historia y en el carácter de la sociedad que hemos creado. La dureza y hostilidad del ambiente— y esa amenaza, escondida e indefinible, que siempre flota en el aire— nos obligan a cerrarnos al exterior (...) Pero esta conducta, legítima en su origen, se ha convertido en un mecanismo que funciona sólo automáticamente”

Desde la perspectiva de las relaciones objétales, de las interacciones humanas, del peligroso contacto con el prójimo, Paz subraya que:

Nuestras relaciones con los otros hombres están también teñidas de recelo. Cada vez que un mexicano se confía a un amigo o a un conocido, cada vez que se “abre”, abdica. Y teme que el desprecio del confidente siga a su entrega (...) El que se confía, se enajena; “me he vendido con fulano”, decimos cuando nos confiamos a alguien que no lo merece. Esto es, nos hemos “rajado”, alguien ha penetrado en el castillo fuerte. La distancia entre hombre y hombre, creadora del mutuo respeto y la mutua seguridad, ha desaparecido.

## II. Un carácter estoico y formalista

Recordemos que el estoicismo se caracteriza por la fortaleza de carácter del ser humano frente a la adversidad y el dolor. Nuestro ensayista sostiene que este estado de espíritu es una de las virtudes descollantes de ese mexicano hermético, cerrado y ensimismado, del charro que no se amedrenta, del macho imbatible, de la hombría probada en cada lance de juego o de amor, de la valentía ante las armas enemigas o el impacto de los hechos externos. Sostiene el autor:

El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes frente al dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a

sufrir con dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos o impasibles –como Juárez o Cuauhtémoc–, al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes más populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza de la adversidad.

Otro aspecto relevante de la mexicanidad es el formalismo, un decidido y permanente “amor por la forma”, que lleva a la aspiración de construir un mundo ordenado de acuerdo con principios claros y conocidos. Para sustentar esta apreciación, el escritor enumera:

Las complicaciones rituales de la cortesía, la persistencia del humanismo clásico, el gusto por las formas cerradas en la poesía (el soneto y la décima, por ejemplo), nuestro amor por la geometría en las artes decorativas, por el dibujo y la composición en la pintura, la pobreza de nuestro romanticismo frente a la excelencia de nuestro arte barroco, el formalismo de nuestras instituciones políticas y, en fin, la peligrosa inclinación que mostramos por las fórmulas -sociales, morales y burocráticas-, son otras tantas expresiones de esta tendencia de nuestro carácter. El mexicano no sólo no se abre; tampoco se desparrama.

### III. Una pasión por la fiesta y la muerte

Paradójicamente, ese mexicano cerrado, receloso, hermético, ensimismado, ritualista, estoico y formalista descrito por Paz, es también un ser hecho para el festejo y la diversión. El escritor subraya la pasión del mexicano por las fiestas y las reuniones públicas, que tienen por objeto celebrar acontecimientos nacionales o locales, civiles o religiosos, gremiales y familiares, homenajear a los héroes de la patria o a los santos patronos. En fin, el calendario del mexicano está poblado de fiestas de diferente naturaleza y envergadura, estas bienvenidas y muy esperadas conmemoraciones al mexicano:

Le dan ocasión de rebelarse y dialogar con la divinidad, la patria, los amigos o los parientes. Durante esos días el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola al aire. Descarga su alma. Y su grito, como los cohetes que tanto nos gustan, sube hasta el cielo, estalla en una explosión verde, roja, azul y blanca, y cae vertiginoso dejando una cauda de chispas doradas. Esa noche, los amigos, que durante meses no pronunciaron más palabras que las prescritas por la indispensable cortesía, se emborrachan juntos, se hacen confidencias, lloran las mismas penas, se descubren hermanos, y a veces, para probarse, se matan entre sí. La noche se puebla de canciones y aullidos. Los enamorados despiertan con orquestas a las muchachas. Hay diálogos y burlas de balcón en balcón, de acera a acera. Nadie habla en voz baja. Se arrojan sombreros al aire. Las malas palabras y los chistes caen como cascadas de pesos fuertes. En ocasiones, es cierto, la alegría acaba mal: hay riñas, injurias, balazos, cuchilladas.

También eso forma parte de la fiesta. Porque el mexicano no se divierte: quiere sobrepasarse, saltar el muro de soledad que el resto del año lo incomunica. México está de fiesta, y esa fiesta, cruzada por relámpagos y delirios, es como el revés brillante de nuestro silencio y apatía, de nuestra reserva y hosquedad.

El mexicano festeja la vida y celebra la muerte, aunque ambas le sean indiferentes. Sin embargo, según Paz, el desprecio por la muerte no compite con el culto que se le profesa, “la adula, la festeja, se abraza a ella, definitivamente y para siempre, pero no se entrega”. La Pelona, la Sayona, La Llorona, desnuda de carne en el hueso, en forma de calavera, de esqueleto danzante, de hueso estricto, de cráneo colorido, es ubicua en la sociedad mexicana y motivo de inspiración tanto para los artesanos amerindios como para los artistas, escritores o cantantes contemporáneos, que como Posada, Rivera, Kahlo, el Dr. Lakra, Gorostiza, Rulfo o José Alfredo Jiménez, la ilustran, la recrean, la cantan.

El día de los muertos es también una fecha significativa de las innumerables celebraciones del festivo calendario mexicano. De especial significación es la llamada “muerte niña”, expresión popular que no se refiere precisamente a la muerte física de los infantes, sino a un fenómeno cultural muy acendrado, al ritual en el que los impúberes que acaban de morir son considerados no niños sino angelitos, y como tales son festejados, no llorados. “La muerte niña” es aquella vista y vivida con alegría dentro de una ceremonia cristiana en la que se considera a los niños inocentes de toda desdicha eterna. “La muerte niña” no es muerte, sino nacimiento festivo a otra vida.

La muerte –frívola, trivial, huera, baladí- está también presente en las casas y hogares de los mexicanos, como bien lo describe Paz:

Adornamos nuestras casas con cráneos, comemos el día de los difuntos panes que fingen huesos, y nos divierten canciones y chascarrillos en los que ríe la muerte pelona, pero toda esa fanfarrona familiaridad no dispensa de la pregunta que todos nos hacemos: ¿Qué es la muerte? (...) en un mundo intrascendente, cerrado sobre sí mismo, la muerte mexicana no da ni recibe, se consume a sí misma y a sí misma se satisface (...) La muerte mexicana es estéril, no engendra como la de aztecas y cristianos.

#### IV. Hijos de la Chingada y de la Malinche

El 15 de septiembre, Día de la Independencia Nacional, es frecuente escuchar el grito dado a todo pulmón, emoción y convicción: *¡Viva México, hijos de la Chingada!* Paz, reflexivo, se pregunta y se responde a la vez ¿Qué es la Chingada? y pasa a darnos su versión del término, así como de los múltiples usos que tiene el vocablo en boca de sus paisanos:

Ante todo es la madre. No una madre de carne y hueso, sino una figura mítica (...) La Chingada es la madre que ha sufrido, metafórica o realmente, la acción corrosiva e implícita en el verbo que le da el nombre. Vale la pena

detenemos en el significado de esta voz (...) En México los significados de la palabra son innumerables. Es una voz mágica. Basta un cambio de tono, una inflexión, para que el sentido varíe. Hay tantos matices como entonaciones, tantos significados como sentimientos (...) Pero la pluralidad de significaciones no impide que la idea de agresión –en todos sus grados, desde el simple incomodar, picar, zaherir, hasta el violar, desgarrar y matarse presente siempre como significado último. El verbo denota violencia, salir de sí mismo y penetrar por fuerza en otro.

El ensayista -luego de varias y prolijas consideraciones sobre el verbo y sus significados y usos– concluye tajantemente:

Después de esta digresión sí se puede contestar a la pregunta ¿Qué es la Chingada? La Chingada es la madre abierta, violada o burlada por la fuerza. El “hijo de la Chingada” es el engendro de la violación, del rapto o de la burla.

Y se permite formular una suposición sobre el origen del término identificador asociándolo con la conquista española:

Si la Chingada es una representación de la madre violada, no parece forzado asociarla a la conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandona para ir en búsqueda de su padre, el pueblo mexicano no perdona la traición a la Malinche. (...) De ahí el éxito del adjetivo despectivo “malinchista” (...) para denunciar a todos los contagiados de que México se abra al exterior: los verdaderos hijos de la Malinche, que es la Chingada en persona.

Paz concluye sus muy personales especules y caviles, señalando que el orgulloso, nacionalista y popular grito ¡*Viva México, hijos de la chingada!* “es una expresión de la voluntad mexicana de vivir cerrados al exterior, sí, pero sobre todo cerrados frente al pasado. En ese grito condenamos nuestro origen y renegamos de nuestro hibridismo”.

Estos deliberes del autor sobre los hijos de la Chingada y de la Malinche, le permiten también abordar un tema complementario: el del “macho” mexicano que ha servido para crear un estereotipo y un fenotipo ampliamente extendida, promovida por lo demás por el propio cine y la televisión mexicana donde los galanes son meros machos que como Jalisco no se rajan. Señala entonces Paz:

El “macho” representa el polo masculino de la vida (...) Su significado real no es distinto del verbo chingar y algunos de sus derivados. El “macho” es el “Gran Chingón”. Una palabra resume la agresividad, impasibilidad,

invulnerabilidad, uso descarnado de la fuerza, y demás atributos del “macho”: poder. La fuerza pero desligada de toda noción de orden: el poder arbitrario, la voluntad sin freno y sin cauce. La arbitrariedad añade un elemento imprevisto a la figura del macho. Es un humorista: Sus bromas son enormes y desembocan siempre en el absurdo (...) El “macho” hace “chingaredas”, es decir, actos imprevistos y que producen la confusión, el horror, la destrucción (...) El humorismo del “macho” es un acto de venganza (...) No sería difícil percibir también ciertas inclinaciones homosexuales, como el uso y abuso de la pistola, símbolo fálico portador de la muerte y no de la vida, el gusto por las cofradías masculinas, etc. Pero cualquiera sea el origen de estas actitudes, el hecho es que el atributo esencial del “macho”, la fuerza, se manifiesta casi siempre como capacidad de herir, rajar, aniquilar, humillar.

#### V. Devotos de la Guadalupe

El mexicano, además de ser hijo de la Chingada y de Doña Marina, la Malinche, es un fervoroso creyente y un apasionado devoto de la Virgen de Guadalupe. Una vez más el escritor se sumerge en las creencias recónditas y los sentimientos insondables de sus connacionales para brindarnos otra pista -en esta ocasión espiritual y religiosa- de los alcances de la mexicanidad. En este sentido, Paz señala:

No es un secreto para nadie que el catolicismo mexicano se concentra en el culto a la Virgen de Guadalupe. En primer término: se trata de una Virgen india; en seguida: el lugar de su aparición (ante el indio Juan Diego) es una colina que fue antes santuario dedicado a Tonantzin, “nuestra madre”, diosa de la fertilidad entre los aztecas (...) Ahora bien, las deidades indias eran diosas de fecundidad ligadas a los ritmos cósmicos, los procesos de vegetación y los ritos agrarios. La Virgen católica es también una madre (Guadalupe - Tonantzin la llaman aun algunos peregrinos indios), pero su atributo principal no es velar por la fertilidad de la tierra sino ser el refugio de los de los desamparados. La situación ha cambiado: no se trata de asegurar las cosechas sino de encontrar un regazo (...) El culto a la Virgen no sólo refleja la condición general de los hombres, sino una situación histórica concreta, tanto en lo espiritual como en lo material. Y hay más: Madre universal, la Virgen es también la intermediaria, la mensajera entre el hombre desheredado y el poder desconocido: el extraño.

#### VI. Una reflexión final

Luego de todas las consideraciones y argumentos desarrollados por Octavio Paz en su pionero, enjundioso y celebrado ensayo *El laberinto de la soledad*, el autor, conocedor de que las sociedades jóvenes que están en permanente reflexión sobre su identidad e idiosincrasia, concluye:

El mexicano y la mexicanidad se definen como ruptura y negación. Y, asimismo, como búsqueda, como voluntad por trascender ese estado de exilio. En suma, como viva conciencia de la soledad, histórica y personal, la historia que no nos podía decir nada sobre la naturaleza de nuestros sentimientos y conflictos, sí nos puede mostrar ahora cómo se realizó la ruptura y cuáles han sido nuestras tentativas para trascender la soledad.

## JOSÉ IGNACIO MORENO LEÓN

El Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri, ante las complejas circunstancias que vive el país, caracterizadas por un populismo y estatismo exacerbados, y por la creciente amenaza de un sistema totalitario de gobierno, ha querido iniciar este foro en homenaje a Octavio Paz, en el primer centenario de su nacimiento, haciendo referencia a *El ogro filantrópico*, una de sus más relevantes obras de crítica política, y en la que este gran poeta y escritor, considerado entre los grandes pensadores mexicanos y de Latinoamérica, en sus reflexiones políticas y sociales expresa su preocupación por el futuro democrático de su país y de nuestra región.

Debemos recordar que Octavio Paz, por su extensa e importante labor de creación intelectual, fue merecedor de relevantes reconocimientos a nivel regional y global. Entre ellos destacan el doctorado *Honoris Causa* que le fue conferido en 1980 por la Universidad de Harvard, y el premio Cervantes que recibió en 1981 como el más destacado galardón literario de la comunidad intelectual hispana. Octavio Paz se convirtió en 1990 en el primer escritor mexicano en recibir el premio Nobel de Literatura, y el cuarto de América Latina, luego de Miguel Ángel Asturias (1967), Pablo Neruda (1971), y Gabriel García Márquez (1982).

Las ideas sobre *El ogro filantrópico* fueron expuestas inicialmente por Paz en agosto de 1978 en una publicación en la revista **Vuelta**, que el autor había fundado dos años antes junto con otros notables intelectuales latinoamericanos y de otros lares, señalando, en esa ocasión, los males del estatismo y populismo, y tomando como referencia básica de sus postulados la historia política de su país. Un año más tarde y con el mismo título, Paz presenta, con la editorial mexicana Joaquín Mortiz, un libro en el cual profundiza su análisis y críticas sobre el estatismo y el autoritarismo que caracterizaban a muchos gobiernos de la época, tanto de los estados de derecha como de los regímenes populistas de izquierda, haciendo en esa ocasión agudas referencias a la, para entonces, Unión Soviética y al régimen castrista imperante en Cuba.

En su obra Paz hace un análisis del proceso histórico de institucionalización de México, señalando que el país ha vivido "a la sombra de gobiernos alternativamente despóticos o paternos, pero siempre fuertes". Apunta igualmente que, debido a la ausencia de un poder central moderador y a la falta de tradiciones democráticas, surgió en ese país lo que el autor denomina "la plaga del militarismo", para dirimir por la fuerza las diferencias entre las distintas facciones. "La espada fue así la respuesta a la debilidad del



Estado y al poder de las facciones", dice Paz. Por ello se impusieron dictaduras militaristas como la de Porfirio Díaz, que gobernó al país por más de treinta años, y la del general Plutarco Elías Calles, ejercida a través del partido político que fundara en 1929, convirtiéndose en el poder tras del trono mediante sucesivos gobiernos autoritarios que se turnaron, de manera violenta y fraudulenta, entre 1928 y 1934.

Díaz impulsó en México la salida de la etapa violenta y de la pobreza. Luego de la revolución, Calles convirtió, según Paz, al estado mexicano en el empresario capitalista más poderoso del país, pero no "ni el más eficiente, ni el más honrado". Durante ese largo periodo se estimularon las organizaciones obreras y campesinas que luego pasaron a vivir como parasitarias del Estado y parte integrante del hegemónico Partido Revolucionario Institucional (PRI). Pasó así a configurarse con el tiempo un Estado fuerte en el que reside el poder central, representado en el capital, el trabajo y el partido.

Los señalamientos de Paz sobre las razones y perversidades del militarismo y el autoritarismo en el México de sus época, las podemos encontrar igualmente -y en abundancia- en otros países de América Latina. Tales son los casos de las dictaduras populistas de Velasco Alvarado en Perú (1968-1975), auto definida como gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas; Hugo Banzer en Bolivia (1971-1978); Alfredo Stroessner en Paraguay (1954-1989); las dictaduras militaristas y populistas de Omar Torrijos (1969-1981) y Manuel Noriega (1983-1989) en Panamá . Así mismo, los gobiernos militaristas de Juan Domingo Perón en Argentina (1946-52/ 1952-55 y 1973-76), que se destacaron por sus políticas nacional-populistas causantes de graves crisis en la economía de ese país, y una debacle política que fue el germen de sucesivas dictaduras militares con nefastas consecuencias, las cuales ese país no ha podido aún superar totalmente.

Octavio Paz plantea igualmente en su obra como el centralismo y el patrimonialismo estatal -herencia del régimen patrimonial español- ha estado asociado al populismo, propiciando los vicios del amiguísmo, el tráfico de influencias y la corrupción. Al respecto, cabe destacar que el patrimonialismo concibe al Estado como propiedad privada de quien detecta el poder, ejerciendo de manera permisiva la gestión de los bienes públicos; por tanto, es una aberración antidemocrática vinculada al presidencialismo y los regímenes autoritarios.

Así pues el centralismo y el patrimonialismo estatal son características de gobiernos autoritarios y de capitalismo de Estado, en los que, como bien lo señala Paz, el Poder Ejecutivo controla, en forma determinante, los demás poderes públicos, por lo que el gobierno asume un estilo dictatorial que se sobrepone al interés social y político para determinar, con su único criterio, lo que es bueno para la sociedad. Son éstas, por cierto, características de las corrientes autoritarias y estatistas que, con sesgos populistas, están surgiendo en las últimas décadas en América Latina, con empeños de revivir modelos fracasados del pasado.

Paz reconoce que para la época de su estudio habían esfuerzos para la modernización del Estado mexicano, pero persistía la cultura caudillista heredada de la

Revolución y, frente al surgimiento de una burocracia moderna con interés por modernizar el país, se hacía necesario auto reformar el Estado, descentralizarlo y acabar con la "sociedad cortesana" que se renueva cada sexenio con el nuevo Presidente, como una masa de amigos, parientes y favoritos del régimen que representan la sobrevivencia del patrimonialismo.

Por sus polémicas posturas frente a los gobiernos de su época, Paz tuvo frecuentes enfrentamientos, especialmente en el ambiente político mexicano, y fueron recurrentes sus señalamientos a los sesgos autoritarios, a la poca transparencia de los gobiernos y al sistema político de su país, para entonces sometido a la hegemonía gubernamental del PRI, con una burocracia salpicada de escándalos de corrupción, nepotismo y de los vicios del populismo. No olvidemos que el PRI se entronizó en el poder desde 1929 y, durante más de 70 años hasta la elección del presidente Fox y el triunfo del PAN en el año 2000, gobernó a México bajo un régimen *sui generis* que algunos han calificado como "democracia autoritaria" (Meyer) o "dictadura perfecta" (Vargas Llosa).

Podríamos sintetizar las reflexiones de Octavio Paz en su obra *El ogro filantrópico*, indicando que el autor señala, de manera muy acertada, como el estatismo, el autoritarismo y el populismo han predominado en varios países de América Latina como pesado lastre que ha impedido la modernización de sus sistemas políticos y el desarrollo de esos pueblos. No hay dudas que esos vicios están latentes a nivel global, y en especial en Latinoamérica.

Es el fantasma de un *ogro filantrópico* siempre a la caza de las debilidades de los sistemas democráticos y de sus instituciones, para clavar sus garras como perverso sistema político y de gobierno que mucho daño ha hecho en la región. Por ello, frente a esta latente amenaza, se impone renovar el liderazgo político y los partidos como agentes fundamentales del juego democrático. Y fortalecer los valores y principios de una genuina democracia participativa, en la que el Estado asuma el papel estratégico de preservar la gobernabilidad democrática, con garantía de la división y autonomía de los poderes públicos, transparencia en su funcionamiento y la eficiente descentralización del poder. Todo ello asegurando la promoción de la cultura cívica y el fortalecimiento del capital social, como antídotos frente al clientelismo político y como condiciones para lograr un sistema de desarrollo libre de las perversidades del rentismo y del populismo, apalancado en un modelo de economía productiva y solidaria.

Dadas las especiales circunstancias de nuestro entorno, hemos querido concluir esta intervención con un señalamiento de Octavio Paz que nos luce lapidario frente a los tiempos que estamos viviendo. Dice el nobel mexicano: "toda dictadura sea de un hombre o de un partido desemboca en dos formas predilectas de la esquizofrenia: el monólogo y el mausoleo."





